

¡Eurekas!

perfil del artista *Blas Castagna*

*Blas Alfredo
Castagna*

Perfil del artista

¡Eurekas!

en acariciada memoria

arte y afectividad

Maitena de Amorrortu

Por

Blas Alfredo

Castagna



*Ojo dulce,
mirada repentina,
para un mundo estremecido
más allá de su misma apariencia.*

V.A.

Blas Castagna

Perfil del artista

*¡Eurekas!
en acariciada memoria*

arte y afectividad

Maitena de Amorrortu

*para La Nación
y la Universidad
Torcuato Di Tella*

“Blas Castagna es este amigo del alma que reconstruye ámbitos de su memoria y en oportunidades también la nuestra; a partir no pocas veces, de mimesis suscitadas por desechos; tras devolverles dignidad en acariciado trabajo poético”.

“Por ello, algunos pudieran imaginarlo alquimista que a través de abstracción asiste al sostén de intimidades; en ámbitos de identidad, la más entrañable; y que aun incierto, y por belleza, aspira a ir bastante más allá de la belleza”. Uno de sus amigos inicia así, conmigo, su expresión.



Su ser en el mundo
por Maitena de Amorrortu

Blas Alfredo Castagna se nos descubre como hombre maduro, cálido y contenedor.

Y en él descubrimos a un hombre original, que no sólo conserva sencillez, sino también perfil bajo y apropiada privacidad. Ajustada a su tarea y a su edad.

Lo más noble de su obra rinde culto a lo más entrañable de su memoria. Reincidiendo por ello, en homenajes profundos y constantes a los esfuerzos que remontan hasta sus ancestros sicilianos.

En mimesis cimentada, claro está, en profunda afectividad, logra ensamblar materiales y objetos inesperados, remontando los olvidos que los alcanzaron; y acariciando sus médulas, los eleva a hondura incomparable, suscitando sencillez, austeridad y piedad, que nos descenden a valles más íntimos y humanos.

Su historia es la de una vocación sustentada en sacrificio, trabajo, y en el aprovechamiento de lo que aparece al alcance de sus manos.

Objetos que afirman sus raíces; y alimentan como la savia la construcción de sus obras.

El perfil que LN/UTDT construyó con voces de su entorno y de sí mismo, advierte los paralelismos en su vida personal y vocacional, descubriendo coherencia en el trabajo poético religado a una entrañable afectividad.

A los 38 años, viudo con tres hijos, y con su vida y economía desechas, se aferra a su vocación como único camino de salvación. A lo largo del relato cuasi cronológico de su infancia y adolescencia en Barracas, ya se vislumbran rasgos que lo lanzarán a afirmar su vocación artística y que harán de ella su leit motiv y el de su familia.

A los 66 años, dueño de trayectoria y reconocimiento, goza de ver cómo, a pesar del árido camino que le tocó transitar como artista plástico en Argentina, sus cuatro hijos y su segunda mujer, le

siguen los pasos. O mejor dicho, se abren sus propios surcos, estimulados por ese don poético, de pura afectividad en el obrar, que Blas Castagna supo incorporar a la vida cotidiana de los suyos.

Esta elevación de sus esfuerzos, en el relato de su historia, pudiera servir de correlato para nutrir esperanzas.

La libélula verde y la tabla de lavar; dos símbolos de sus azares.

Blas Castagna advierte: “El arte es como una especie de virus que te ataca y te domina. Te da un registro interior”. Siendo su obra claro reflejo de ese ser interior, pasado y presente, que viven en él.

Cuando tenía tres o cuatro años, una nena que fue a su casa le prestó un lápiz para que jugara. El pequeño Blas se quedó tan encantado que le rogó, se lo regalara. Pero la niña se limitó a dibujarle una libélula sobre la pintura verde gris de una persiana, prometiéndole que ésta le traería muchos lápices. Así, por casualidad, empezó su odisea con la plástica.

La libélula es símbolo que se reitera en sus cuadros, como recuerdo de aquella azarosa primera vez.

Vivía en el barrio de Barracas, en el límite con La Boca, en un inquieto donde habitaban obreros y artesanos europeos.

“No soy porteño, soy del Riachuelo”, suele advertir el pintor, “donde las luces de colores de infinitas lamparitas se encendían, alargaban y ondulaban en el agua sobre la costa lejana”.

“Mi casa tenía una planta baja muy amplia, con un patio de baldosas rojas partidas y macetas de diversos tamaños con malvones, ruda y jazmín. En el patio había una parra y un enorme piletón al aire libre, sobreelevado como un altar; allí las mujeres subían a lavar la ropa”, relata Blas en un catálogo editado por el Deutsche Bank.

Y continúa su memoria: “La casa tenía dos baños, que por supuesto eran *alla turca*. Mi familia vivía en la parte superior, a la que se llegaba por una escalera muy empinada. Recuerdo la larguísima barandilla de hierro y el ruido de la ropa tendida sacudida por el viento”.

Su madre y su padre eran sicilianos. Angel, tejedor de casimires, ya vivía en Argentina y había regresado a la isla por la muerte de su padre, Blas. En medio del luto, conoció a Juana. Cuando la vio le cantó una serenata y le robó un beso. Todo el pueblo se enteró, y se tuvieron que casar. “Eso estaba mal visto”, explicó el pintor a LN/UTDT.

En 1935 nació el único hijo de la pareja: Blas Alfredo.

En Barracas, la familia Castagna compartía las habitaciones con Ana María, la hermana de su padre, y su marido, Vito. Que además de tío, fue gran referente.

El tío Vito había dejado la Italia natal para seguir a su amada. Atrás habían quedado campos y una posición, en algo acomodada. Con él viajaban los recuerdos de las trincheras que lo cobijaron durante su actuación en la Primera Guerra Mundial.

En la Argentina, el tío Vito representaba al arquetipo del desarraigo: un inmigrante más, de los tantos que habían en Barracas.

Al principio, vendía maníes por la calle; más tarde, quedaba negro de hollín, luego de 12 horas de traba-

jos en la industria metalúrgica. Al volver de su jornada, “el tío Vito aparecía con su mameluco azul todo sucio; mi tía le daba un té y él se ponía a trabajar con sus manos”, rememoró Blas. Así, a través del trabajo manual, Vito limpiaba su mente: cortaba pequeñas maderas y construía con ellas una tabla de lavar. La misma tabla de lavar de madera que se repite en muchas de las obras de su sobrino Blas, en claro homenaje.

Los Castagna fueron humildes inmigrantes. Desde esta pobreza Blas forjó buena parte de su personalidad; y a partir de ella cultivó su vocación con tesón a la par que sufrimiento; con humor y transpiración; con hambre y alegría. Algún día alcanzaría su destino. Sin desesperar. Décadas más tarde, reviviría sus vivencias en el profundo contenido de su arte.

“El mundo de mi infancia es al que acudo constantemente en el camino poético que transito con mi plástica. Un mundo feliz y dorado. Nuestra casa era un conventillo; vivíamos en estrechez económica; pero eran tiempos plenos, llenos de encanto”, explica Castagna.

A los cinco años inicia su escolaridad. “Fue un fuerte contraste entre mi soledad de hijo único y la irrupción al grupo de los chicos de mi barrio, que no entendían mi modo de hablar. En casa se hablaba el siciliano”, memoró el artista. También recuerda que siempre se descubría ansioso por buscar. “En mi primera infancia tenía una permanente inquietud, un irrefrenable deseo de encontrar algo. Buscaba siempre. Buscaba en los recovecos de los muebles; me metía adentro del ropero”, comentó.

Sesenta años más tarde, “*sus ojos ya no buscan: sin buscar, encuentran*”

La trizteza de un adolescente

“Los domingos eran invariablemente tristes; por la tarde amenazaban no sé bien qué”, reflexiona Blas en este relato al que accedió LN/UTDT.

Tenía 12 años cuando consigue su primer trabajo: “pinche” en una imprenta de su barrio. “Siempre me encantó el olor a tinta”, confiesa. Por esos días, sus padres lo mandan a la Escuela de Bellas

Artes Manuel Belgrano, en Cerrito 1350, entre Arroyo y Juncal. Aquí, su cosmovisión se amplió. “Todos los días el tranvía 17 me transportaba de ida y de vuelta: La Boca-Barrio Norte. Mundos de tanto contraste. Diferencias tan profundas en la arquitectura, las personas, los modos de vivir. Dos universos. Me asombraban los perros: en mi barrio, las especies atorrantes que no existían en el Norte, barrio de afganos y caniches”, sostuvo Castagna en un relato publicado en 1990 en su catálogo del Deutsche Bank.

“Las ventanas se enfrentaban con las de la Embajada Francesa. En el patio interior caían en otoño las hojas rojas de un magnífico árbol de los fondos de la Embajada de Brasil. La Escuela estaba llena de duendes y cargada de encanto. Puedo decir que llegué a tener por ella el sentimiento de un amor imposible”, graficó.

En la Escuela, su destino se cruzaría con el de otros dos grandes artistas plásticos contemporáneos: Luis Wells y Rogelio Polesello. Wells, dueño de una trayectoria de más de cuatro décadas, recibió a

LN/UTDT en su casa taller de San Telmo para hablar de Castagna. Desempolvó de su archivo la típica foto de escuela, patio y bandera, en blanco y negro. Lo único que se reconocía eran caritas de ilusión y guardapolvos blancos. Señaló a Blas y dijo: “Era un ortodoxo y éramos amigos. Pero tuvo que suspender un año y ahí dejamos de cursar juntos”. Allí estaba el adolescente Blas, en el extremo de la formación escolar, erguido y serio.

A los 16 años, se enfermó de tuberculosis pulmonar. “Yo salía de la tumba y mi madre entraba”, expresó para graficar los difíciles momentos de su adolescencia. Juana moriría de una enfermedad terminal. Y a él le tocaría darle las inyecciones de morfina.

Blas continuó: “Mi entrada en la adolescencia fue una etapa de mirón. Quizás, en ningún otro momento de mi vida, estuve tan recluso. Fue una larga etapa de inmovilidad física; de ver y sobre todo, de sentir”.

Para él no hubo lugar a la rebeldía, porque en su casa, la enfermedad y la muerte descendían.

“Enfermé gravemente, también mi

madre. Los recovecos de la pobreza, las sombras, los hechiceros...la muerte”.

“Mi madre era la contrafigura de mi padre: petisa, introvertida, inteligente y melancólica. Triste, porque siempre extrañó su tierra. Yo heredé todas esas ganas de tomármelas.

Rompí el esquema de mi padre: todos sus hermanos eran solterones y él tenía un solo hijo. Yo tuve 4”, relacionó sentado en el Café El Torreón, frente a la estación Belgrano R. El mismo lugar donde hace veinte años desayuna todas las mañanas.

La escuela de la vida

Concluido el ciclo preparatorio, Blas ingresa en la Escuela Prilidiano Pueyrredón. Allí conocería a otro gran artista y amigo, Luis Grossclaude.

"Teatralizabamos haciendo música y morisquetas", recordó.

Como si la hubieran aprendido juntos, Grossclaude tiene la misma manía que Blas. Ambos van por la calle con la mirada atenta al descubrimiento repentino. "Mi hija adolescente me avisa y me repri-

me: *No irás a levantar esa rueda que está allá*, me dice. Ella ve por mí", comenta a LN/UTDT.

Su taller y su terraza de Palermo Viejo están colmadas de maderas y fierros que algún día incorporará a su obra. Luis, como Blas, también trabaja con material de desecho. Sus obras son tridimensionales; no le gusta llamarlas esculturas; prefiere decir que son ensamblajes. Sus figuras casi siempre representan animales, y sus colores, los primarios: rojo, azul y amarillo.

Grossclaude y Castagna cursaban juntos, pero Blas iba solo a las reuniones sabatinas en el pequeño taller de unos grandes: Eduardo Mac Entyre y Miguel Angel Vidal. "Allí concurría Víctor Magariños, y se discutía apasionadamente de pintura. "Era aceptado con simpatía en aquellas reuniones y participaba desde mi rincón, en silencio, pero exaltado por las discusiones", rememoró el artista.

Como en una ceremonia caballescá, uno de ellos lo ungiría como pintor. Blas lo recordó así: "Era un sábado y una acuarela mía había sido festejada por el grupo. Victor Magariños me invitó a tomar un

café en el bar El Pensamiento, en la esquina de la avenida Montes de Oca y Brandsen. En el café, señalándome a una persona que lavaba los pocillos detrás del mostrador, me dijo: *Vos sos pintor. Tu Sol es el de un pintor, así como el Sol de ese hombre es el Sol de un lavacopas*. Desde aquel momento me sentí ungido como pintor".

El viaje a la tierra de sus raíces

A los 24 años, viajó a Sicilia, la tierra de sus padres. Había juntado ahorros haciendo los dibujos médicos de la cátedra de radiología que dictaba el doctor Pedro Maissa, en el Hospital Ramos Mejía. Lo acompañó su primo Juan. Era la primera vez que iba: "Fue magnífico, importantísimo", dijo a LN/UTDT recordando ese trayecto.

Estuvo once meses en Italia. Para él significó el descubrimiento de Sicilia. Y también el recuerdo de sus primeras aventuras. "Mis parientes me buscaron una novia y me quisieron casar. Como yo no quise, la familia de ella me hizo la *fattura*", relató.

La *fattura*, explicó, se llama en

siciliano a la maldición o embrujamiento. "Un tío me sugirió que me fuera cuanto antes", así que partió a otros lares. Pero antes, se cruzó con una mujer madura que le dijo *"doy mi vida por ver de nuevo a tu padre"*. Heredado encanto y pinta, el joven Blas también rompía corazones. "Mi padre era alegre y bailarín. Tocaba la mandolina y era algo picaflor", así lo dibuja el pintor".

En esta dramática isla existe un mundo a veces ocultado y no siempre asumido. En Chiaramonte Gulfi -tierra de mis mayores- me encontré con un impresionante mascarón normando, tallado en piedra. Le pregunté al cura párroco cómo había llegado hasta allí. Monseñor, me contó muy confidencialmente que aquella máscara había quedado sin cubrir, porque debajo de la pesada cobertura de la mampostería barroca, existía un bello templo antiguo de piedra tallada. Todo para ser descubierto, después de una sospecha o una corazónada", comentó en remembranzas.

El misterio y el recuerdo son dos constantes en la obra de Castagna.

La ex Directora de la Academia Nacional de Bellas Artes Nelly K. de Perazzo, escribió sobre su plástica en septiembre de 1981: "*¿Qué encierro, qué soledad o qué olvido tras una puerta implacable y negadora no evocan sus obras? Como si tuviera que extraer de la milenaria experiencia humana sobre la fuerza de su expresión, así Alfredo Castagna, prisionero de la dimensión energética del pasado, acomete su actual aventura poética*".

A la vuelta de Sicilia, en 1960, realizó su primer exposición en la galería Álcora, invitado por Néstor Teré. Tenía 25 años y la crítica ya hablaba de él: "Hugo Parpagnoli desde La Prensa, Kenneth Kemble en el Buenos Aires Herald y Eduardo Barilari en Clarín, hicieron comentarios auspiciosos", escribió Blas en memorias publicadas con el mecenazgo del Deustche Bank.

Crítica y materiales de desecho

A los críticos les gusta la obra de Blas Castagna. Pero a su compañero de escuela, Luis Wells, no le

fue tan bien en sus aventuras con los desechos. Allá por la década del sesenta, la crítica lo desterraba y "el colorado" -como lo llaman en su ámbito- no vendía nada.

Gracias a la prolijidad de Wells, que tiene todos los artículos de prensa encuadrados en grandes hojas de papel satinado, LN/UTDT pudo leer la crítica, que grandes plumas como Manuel Mujica Láinez, hacían en el diario La Nación. Daban las primeras impresiones de un arte a partir de desechos, y los augurios no entusiasmaban.

"Ciertas actitudes, en cambio, como la de Wells que pega tachos vacíos en una madera, para estimular, según nos ha expresado, el hallazgo de la belleza, aún en las cosas aparentemente desdeñables, no alcanzan una plena justificación, pues esos tarros que pueden ser hermosos en el abandono de un baldío, no lo son cuando se los saca de esa atmósfera para reducirlos encarcelados a la condición independiente de obra de arte", estimó Mujica Láinez en 1959.

Más allá de la crítica, Wells, junto con Kenneth Kemble y Alberto Grecco, entre otros, decidieron

fundar, ese mismo año, el movimiento informalista. "El informalismo surge del expresionismo, de trabajar con la materia. Es la estética de la no forma, de dejar a la materia en expansión, como el action painting de Jackson Pollock, que ponía las telas en el piso y con tachos agujereados iba tirando la pintura. En esta forma de arte el azar tiene un papel importantísimo: los accidentes son tomados como naturales", explicó Wells.

Pero la obra de Blas Castagna no se relaciona con el informalismo ya que su fin no es la materia, sino el principio de comunicación; lo que pudiera suscitar ésta, alrededor de nuestros indecibles". Así lo expresó a LN/UTDT un amigo de Castagna, que pidió identificarse *invisible*. Éste que siguió en cercanía su vida y su obra durante los últimos 25 años, profundizó en los misterios que trascienden la obra plástica de Blas.

"El sufrimiento no sólo queda sellado en el alma, sino también en la materia. Se mimetiza en ella. Y no sólo el sufrimiento. La mántrica de los metales, la mántrica agraria, hablan mucho más allá de

la siquiatria, de esferas de sensibilidad que se comunican desde la materia al hombre. Que desde hace milenios sostiene vivencia más profunda, que desarrollo de conciencia experiencial en ello.

Hace siglos, los viejos patriarcas zen de la más antigua China, se entretejían los mantos que cubrían su venerable ancianidad, empleando en su collage, los sangrientos trapos de las madres parturientas.

¿Iría Ud. a uno de estos patriarcas a preguntarle por qué lo hacía?

O trataría antes en discreción, de alcanzar con extrema sensibilidad a hospedar sus propias vivencias, para identificar luego, esos abismos que al parecer los protegían. Por ésto es Blas, tan sencillo en el hablar, como profundo en el obrar", expresó su amigo.

En palabras del artista: "recorro a chapas de metal, a maderas, a objetos en desuso y a fragmentos de objetos, porque la impronta que el azar dio a esta materia es de variada riqueza. Trato a esos materiales fragmentados, como "singulares"; verdaderas palabra-idea-poesía, que luego voy aprovechando, ensamblando, en una

elemental trama de horizontales, diagonales y verticales", explicó Castagna.

Cuarenta años mas tarde, por su técnica y originalidad, Blas es mimado por la crítica.

Rafael Squirru en la publicación *Idea Viva*, escribe sobre la muestra *Mirada Instropectiva* de Blas Castagna en la Fundación Andreani: "*En estas evocaciones con maderas, metales, papeles, telas, arpilleras, está siempre presente esa libertad que es también el espíritu mismo*".

Sobre la originalidad de la obra

"Yo no inventé el desecho. Sí, te puedo decir que la madera oxidada que usa Berni es distinta a la que uso yo", argumentó Castagna y continuó: "Yo renuevo la valoración y reafirmo la dignidad en ese objeto. El desecho de Berni denuncia a Juanito Laguna en una villa miseria rodeado de basura. El desecho en mi obra intenta ser memoria de un rescate, no de una denuncia".

Wells y Castagna tienen dos fines disímiles. Pero sin embargo, Wells

considera que Blas "es un copión". "Lo que él hace yo lo hacía treinta años atrás. Yo soy el iniciador del arte de los desechos. Hice una obra en el '59 que eran chapas pegadas en un cuadro y a partir de allí comienza toda esta tendencia", explicó un convencido Luis Wells a LN/UTDT.

Y relató su primer encuentro con la madera al tiempo que buscaba fotos de ese tipo de obra: "Un día llevaba un cuadro de un lado para otro y estaba subido a un rastrojero. Adelante mío había un camión lleno de troncos, y esa cosa de troncos me pareció una escultura bellísima. Así que junté unas maderas e hice un cuadro con maderas solamente".

A pesar de que ambos trabajaron con el mismo tipo de material, tanto críticos como colegas descalificaron la apreciación de Wells. "*Lo que importa es el resultado, no el material*", dijo a LN/UTDT el crítico de arte independiente, Raúl Santana, actual director del Palais de Glace.

Fermín Fèvre, director de la publicación *Arte al Día* y a cargo durante 23 años de la sección Arte

del diario Clarín, los diferenció: "*Blas tiene una concepción religiosa del arte, no solamente toca al ser, sino que toca lo sagrado*". Wells tiene una mirada lúdica, que tiene que ver con un derivado de Marcel Duchamp, aunque no es dadaísta", dijo en la entrevista concedida a LN/UTDT.

Luis Grossclaude fue más terminante: "Me sorprende Luis Wells. Blas no es ningún dormido; pero que *afane* sería otra visión. Conozco hace bastante tiempo lo que hace Blas y el producto, el resultado final, no lo veo copiado de la obra de Wells".

El poeta, esteta y artista plástico Hugo Padeletti, explicó a LN/UTDT: "Hay gente que dice que Blas hizo algo que ya lo plantearon otros. Yo creo que él le pone un sello personal que lo diferencia. Que lo hace distinto y más significativo. Hecho a su manera; tan acariciada en elementales sencillez, como talentosa".

Y agregó: "La historia del arte es la historia de una obra que nace de otra. Es una estupidez creer que uno es por completo original; todo surge de la más remota prehisto-

ria". Aunque al sentir de Padeletti, con un sello particular.

La belleza de la imperfección

En 1966, Padeletti realizó un largo viaje por Oriente gracias a una beca de la Dirección de Cultura de la Provincia de Santa Fé, donde nació. Estudió la pintura taoísta y absorbió los principios del budismo zen. A partir de ellos desarrolló una teoría que habla de la estética o belleza de la imperfección. Las características de este arte son: la pobreza- no estar sometido a las contingencias del mundo sino sentir la presencia de algo más importante que todo lo que el mundo ordena y propone. La asimetría; la simplicidad; la austeridad; -asisten la desnudez de la esencia, como culminación de la experiencia-; la naturalidad -en el proceso espontáneo de creación de la obra; la profundidad- ya que nunca se revela abiertamente ni por completo-; su sinceridad interior, en coherente espontaneidad- porque el artista zen no tiene mente mundana-; ..y cierta atención que aporta la soledad-. Todas estas características las pueden encontrar en Castagna y su

obra. Aunque Blas no lo refiera, este colega dice advertir en el arte de Castagna una relación con el budismo zen.

Y Blas, muy a gusto con el tratamiento y las caricias que solicitan algunos desechos, convive en su taller con telas de arpillera, maderas, latas, chapas, y hasta retazos de viejos almohadones paternos.

A la derecha, cuando se ingresa a su atelier, el ojo atento descubre un pequeño cartel con un mensaje de Lao Tzé:

"Sin salir de tu propia casa puedes conocer el mundo.

Sin mirar por la ventana puedes conocer el tao del cielo.

Cuanto más lejos vayas más men-
guado será tu saber.

Por eso el sabio conoce sin viajar,
distingue sin mirar,
realiza su obra *sin actuar*".

Su amigo *invisible* opina que "esto último coincide con el despojamiento de virtuosismos académicos que pudieran imaginar mueven su actuar.

Despojamiento que Blas, poco a poco, va alcanzando".

El sufrimiento como impronta

"Siempre navegamos en la pobreza, en no saber cómo se iba a llenar la olla", confesó un Blas Castagna más tranquilo hoy por su sostén.

El psiquiatra Jorge Saurí, quien fue su terapeuta durante 3 años, y luego su amigo, relató a LN/UTDT aquellos días en que conoció a Blas: "Su primera mujer, Kuki, moría de cáncer y él estaba a cargo de sus tres pequeños hijos. Pasó las de Caín. Era muy pobre, había días que no tenía para comer".

Su amigo *invisible* comentó a LN/UTDT: "Pasaba días enteros a té y tostadas para reservar los pocos alimentos que tenía para sus hijos; amén de austero, aprendió a ser buen cocinero".

Antes de enviudar, Blas, sin saberlo, se cruzó por la calle con una señora que sería testigo de su sufrimiento. Lucila Latiegui, una mujer de Recoleta que realizaba tareas de apostolado en la Iglesia de Socorro, en Juncal y Suipacha, recuerda haberse cruzado con un

Blas desestructurado. "No lo conocía, pero me llamó la atención cuando al saludarlo le dije *Buenos Días* y él me respondió: *Ojalá fueran buenos, señora*. No estaba bien. Le pregunté como se llamaba y me dijo: *Blas Castagna, soy pintor. Pero las cosas no andan bien*. Estaba muy afligido, angustiado. Rogué mucho por él".

Y no supo más de él. "Hasta que un día me lo encontré en una muestra: la suya, era la de un gran pintor. Fue una enorme sorpresa", le confesó a LN/UTDT en diálogo telefónico.

A los 38 años muere su primera mujer y Blas queda viudo con tres hijos.

A los dos meses conocería a Dina Cusnir, su mayor soporte.

Separada, pero sin hijos, Dina se enamoró de Blas y de su familia. Más que lo ayudó en la crianza, contención y cuidado de sus tres hijos: Andrea, por entonces tenía 8 años, Sebastián 7, y Verónica tan sólo 4.

Al poco tiempo, se instalaron en San Juan, de donde Dina era oriunda. Allí, Blas pudo dictar clases en la Universidad Nacional.



Allí también nace Nicolás, el hijo de ambos y benjamín de la familia. Luego de un año y medio, regresan a la casa en Belgrano R, ésta que aún comparten.

El azar providencial

El azar es un elemento importante en la vida en general y sostén aliviador en toda vocación; así tocó a este artista, en particular. "Me entrego a la providencia", suele decir el artista para explicar cómo supera los momentos de incertidumbre.

Y lo confirma su gran amigo, el pintor Francisco Travieso: "Blas siempre piensa que la providencia va a arreglar las cosas".

Su intuición no lo traiciona.

Blas vivía con su primera mujer,

Kuki, que también era artista, y sus tres hijos en un departamento a unas veinte cuadras de su actual casa. Tenían un vecino cuya madre enferma vivía sola en una gran caserón en Belgrano R., en la calle Carbajal.

Un día este vecino le propuso a los Castagna canjearle su departamento por la casa en la que vivía su madre; y a cambio pagarían la diferencia en cómodas cuotas. Así fue como la familia se mudó a la actual casa de Carbajal que habitan desde hace más de 30 años.

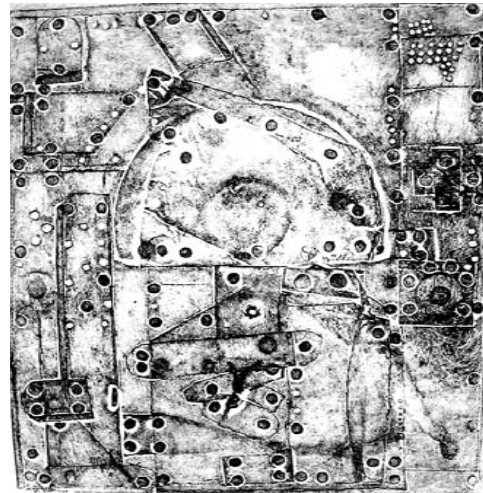
Más adelante, la ayuda de un amigo le permitió dedicarse tiempo completo a la plástica. "Ya estaba casado con Dina y trabajaba como jefe de arte en la revista institucional de YPF", relató Blas; y continuó: "cuando apareció este amigo y ofreció ayudarme para que me dedicara por completo al arte".

La ayuda de su amigo duró un año y medio, pero significó un punto bisagra en la vida y obra de Blas Castagna. " Su ayuda me dejó primero veinte días paralizado; luego, me llevó a una valoración extrema de los contenidos de mi obra abstracta".

Sobre la abstracción, dijo a LN/UTDT su amigo *invisible*, también artista: "la abstracción permite ir mucho más hondo; ser mucho más discreto; y por ello pude alcanzar a expresar mis indecibles más contenidos, sin abismar a nadie". Nos dice de sí, que así alcanzó a identificarse, con Blas y desde Blas, en forma por demás entrañable y duradera.

Cercanías "*imperceptibles como los brotes a la madera*", escribió en 1987, en breve poema Mariano Cornejo, reconocido artista, y amigo de ambos.

Jorge Saurí expresó hace casi un cuarto de siglo, que ambos eran "*hermanos miméticos*".



Por la misma época, a fines de los años 70, una periodista y crítica de arte, Elba Pérez, amiga de un amigo en común, se enamoró de su obra e hizo algo que, confesó a LN/UTDT, nunca más volvería a hacer en su vida: lo conectó con quienes serían sus galeristas por más de un cuarto de siglo, Frans y Kichi Van Riel.

La galería Van Riel tiene la más larga trayectoria en la exhibición de arte en Argentina. Abrió sus puertas en 1924. "Era de mi suegro", comentó Kichi a LN/UTDT, sentada en un elegante sillón blanco y rodeada de tesoros artísticos.

Los Van Riel, apostaron a la carrera y éxito del artista y desde 1978 sostuvieron sus muestras. La galería de arte cobra una comisión del treinta por ciento del valor de la obra vendida. Sin embargo, en el caso de los artistas nuevos que nadie conoce y pocos compran, suele cubrir sus gastos cobrando un mínimo por el servicio de exposición, y si hay ventas, las comisiones no superan el 10 por ciento del valor de la obra.

Como en Blas ya se advertía un gran artista, los marchand nunca le cobraron gastos de exposición y

apostaron a que los ingresos de la galería fueran a través de las comisiones por venta de su obra. Kichi Van Riel recuerda que los primeros cuadros, se vendían a 400 dólares. Hoy pagan hasta 15 mil dólares por un Castagna. Parte del secreto, es el trabajo diario al que se aboca en su taller.

El lugar donde dice operar su inconsciente

Su mujer desde hace 29 años, Dina Cusnir, explicó a LN/UTDT que "el taller de Castagna es como su inconsciente". Ella es la encargada de ordenarlo cuando el caos se apresa del artista: "Me llama y me pide que le ponga orden. Todo el mundo sabe lo cachivachero que es y trae demasiadas cosas", comentó hoy divertida.

Sus obras amontonadas en el altísimo del taller conviven con paredes forradas de libros; maderas aprensadas a fuerza de fierros en un vértice de la habitación; un banco de carpintero; una máquina de amasar pasta convertida en prensa para gofrar; cartones, cajas, pinceles, chapas, discos, la foto de su abuela Juana, mesas, plantas

en el fondo del patio trasero, luz natural, tornillos, y herramientas de la más variada especie.

El atelier ocupa dos cuartos del caserón de Belgrano R. "Fue todo un logro; mi familia me fue concediendo poco a poco este espacio", dijo Blas.

Del volquete a Londres: el viaje de un violín

Sebastián Castagna tiene 36 años, está casado y vive en Londres. Allí partió con su violín hace más de 10 años para continuar los estudios, que comenzaron al igual que su padre en la pintura, por azar.

Un instrumento que Blas rescató de un volquete en la calle, fue el punto de partida. Un cuarto de siglo de trabajo y aprendizaje, llevaron a Sebastián a convertirse en doctor en composición musical. Hoy da clases en la Universidad de Norwich. "Con ese violín yo estudié y toqué durante más de veinticinco años."

En su casa de Belgrano R, Blas mostró a LN/UTDT con orgullo el título de doctor en composición

musical, que su hijo Sebastián, a modo de agradecimiento, le envió por correo.

Un hombre con esposas e hijos artistas.

Seguramente, Blas tiene algo que ver en sus vocaciones. Y ellas, como musas, en la de él.

Su primer mujer, Kuki, que murió joven, también fue una gran artista. Muchos recuerdan la calidad de las obras que dejó a sus seres queridos; precioso testimonio, a pesar de su corta existencia.

"No solamente mi padre es pintor, sino también mis dos madres. Mis hermanos y yo nacimos y crecimos en una familia donde lo creativo era parte constitucional de nuestra educación", relató vía mail Sebastián Castagna a LN/UTDT y detalló: "Cuando teníamos tres o cuatro años mis padres nos hacían dibujos con miel sobre las tostadas y así empezábamos el día: ¡Alimentándonos con obras de arte!".

Andrea Castagna, la hija mayor, vive en las Islas Canarias y tam-

bién se dedica a las artes plásticas. Cuando LN/UTDT le preguntó en qué modo había influido su padre en su vocación ella respondió: "Influyó en general en mi manera de ver las cosas.

Aprendí con mi padre a vivir la vida con el espíritu atento en mirada simple: advirtiendo en lo indiferente, algo diferente".

Andrea recordó los paseos que hacía por las calles de Buenos Aires junto a su padre: "La memoria me lleva a la infancia, a un paseo por entre las vías de la estación de Belgrano R. Sobre éstas poníamos monedas y esperábamos que el tren pasara, para luego, con auténtica sorpresa, correr a recogerlas".

Sebastián rememoró las caminatas con su padre como una aventura: "Son siempre culto al recorrido; sin intención de llegar a destino. Es el trayecto lo que importa. Es ese tiempo especial que se establece entre nosotros y que produce espacios para buenas charlas, para el descubrimiento de nuevos rincones y calles que son correlato a nuestra amistad".

Su segunda hija, Verónica, diseña

joyas y ha dado a los Castagna las dos piezas más preciadas de su colección: Juana y Marco.

Hace muy poco tiempo se mudó con su familia a Marbella, España. Desde allí escribió a LN/UTDT y asentó: "De mi padre incorporé que la forma de dar al entorno es desde la expresión creativa, porque creo es de donde uno expresa inagotablemente su ser".

Los nietos son la debilidad de Blas y Dina.

Por estos días los dos andan tristes debido al exilio de los de su familia, que se llevó consigo la posibilidad de ver, día a día, el crecimiento de sus seres queridos. Sin embargo, los recuerdan con orgullo. Sobre todo a Juanita, que "a los tres años toma el lápiz como si hubiera nacido para dibujar".

Su hijo menor y el único que reside en Buenos Aires, Nicolás, el último en decidirse por el arte. "Todos en casa siguieron caminos relacionados con el arte, menos yo que lo tenía de hobby", confesó a LN/UTDT. Nicolás comenzó, de la mano de Dina, su exploración en las técnicas del vitral.

Luego de pasar por las facultades

de sicología y de tecnología de los alimentos, entendió que "estudiar Bellas Artes era la única opción"; llegaba su hora de dedicarse a la plástica.

Nicolás contó una anécdota muy graciosa que prefigura bien la visión que de pequeño tenía de Blas. Una vez le preguntaron que hacía su padre y él respondió: "Mi papá es muy bueno y es basurero, ayuda a los señores de Manliba: lo que para todos es una porquería, para mi papá es oro".

Dina Cusnir trabaja hoy a la par de su marido. Ejerció durante años como sicopedagoga en áreas de educación a través de las artes. Hoy es artista.

Conviven, pero trabajan cada uno en su taller. "Somos muy diferentes", explicó Dina. El suyo es blanco, limpio y ordenado. Allí pinta, hace esculturas en papel maché y se aventura a nuevas técnicas.

A pesar de tener un compañero artista, no es él quien se lleva todas las luces: Dina también es muy valorada por su obra.



El elogio de la crítica

El arte no se piensa, se siente. Aclaran que lo suyo es por completo subjetivo. Que ellos transmiten lo que la obra les despierta. Que intentan comentar los sentimientos encontrados, si los hay. A todos los críticos de arte consultados por LN/UTDT, la obra de Blas Castagna les dispara sensaciones de la mayor intimidad.

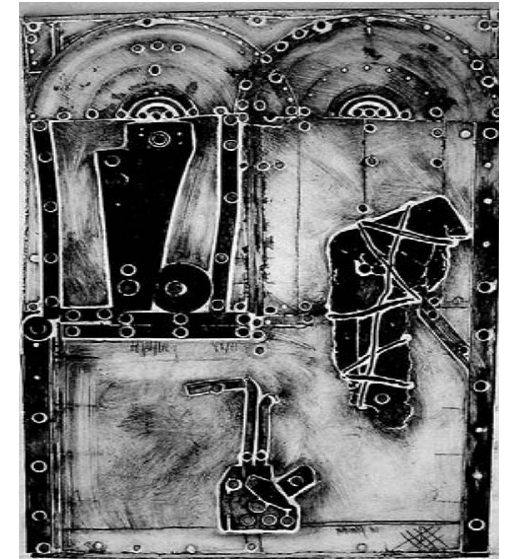
Para Fermín Fèvre, ex director del Museo Nacional de Bellas Artes, Blas Castagna es "uno de los grandes artistas argentinos; insuficien-

temente valorado; de perfil bajo y con una obra muy poco difundida". Según Fèvre, "Blas no se incorporó a las corrientes hegemónicas de moda en el arte contemporáneo; y además, trabaja desde un lugar muy solitario".

"En el mundo actual del arte hay mucho marketing y lobbies. Está dentro de las leyes del mercado globalizado y participa de un pensamiento único y de los criterios de legitimación del mercado, que establece los valores", explicó Fèvre y sentenció: "Blas está fuera de todo eso. Es un alquimista que transforma lo no valioso en valioso gracias a la resignificación que alcanza".

Para Albino Dieguez Videla, a cargo de la sección Arte del diario La Prensa y crítico reconocido, Blas "transforma los desechos con un tratamiento lírico. Busca desechos que tienen que ver con la naturaleza, que flotan en el río o en el mar y que son fácilmente identificables porque ya fueron utilizados".

Raúl Santana, crítico independiente y actual director del Palais de Glace, opinó que Blas Castagna



"es un artista muy refinado y de alta especulación. Es un intimista que está en la aventura de la materia: hace triunfar la herrumbre; utiliza el desecho como glorificación de esa cosa que cualquiera podría confundirla con una basura, y él la vuelve joyante, la vuelve obra de arte".

Elba Pérez, quien actualmente colabora con la agencia Télam en la sección de arte y cultura, pero que tiene una vasta trayectoria como crítica de arte, estimó que "la de Blas Castagna es una historia de inmigrantes; y él encontró en esto, un numen para su poéti-

ca. Blas patina con una aristocracia maravillosa el más mínimo desecho. Si tomara oro, lo convertiría también en materia de su memoria”.

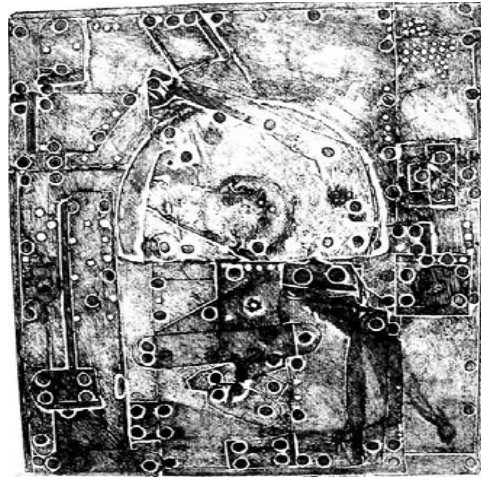
El premio Trabucco de pintura es un lauro que entrega la Academia Nacional de Bellas Artes. En el 2000 Blas Castagna fue el gran ganador. Una de los jurados, Nelly Perazzo, explicó que el concurso es muy importante, porque es exclusivo para sólo diez artistas consagrados.

“También es valioso económicamente”, señaló Perazzo a LN/UTDT en una entrevista sostenida en su casa de Belgrano.

El premio Trabucco entrega 20 mil dólares. Castagna se hizo también acreedor de otros premios, tales como: el de la Asociación Argentina de Críticos de Arte, en 1996; el Espíritu de Grecia, en 1992; y el Konex de Platino Decenio 1987-1997, en técnicas mixtas.

“Me asombra la calificación que me dió el entorno por mi obra.

El afuera me distinguió, sin que yo me preocupara demasiado por el afuera”, comentó el artista.



Al respecto, así se expresa su amigo *invisible*: “Lo de Blas bucea en lo más hondo de lo subjetivo. La misma conciencia tiene poco aclarado hasta dónde llega y de dónde brota esta expresión.

Si bien *existe* una crítica que presume con razones de objetiva, el camino eurístico que Blas sin conciencia previa de sus azares transita, como dice su reserva, en afectividad, espontaneidad y privacidad, es camino, repito, que asiste, insiste, resiste, consiste.

No apunta a un *ex-*, sino a un *in-*. Su esfera no sólo es lírica, sino en adición, por los esfuerzos que desde el más acá sostienen, algunas veces: épica; y por la fuente entrañable de donde brotan, no pocas

veces; metafísica. Transmiten lo que alcanzan a acariciar en obra. No pocas veces, sentimientos encontrados, que al obrarse abren camino de armonización”.

La mirada del otro

Blas Castagna explica que el trabajo es un hijo que lo supera: “Yo hago una parte, el resto lo hace el espectador. Si no existe él, mi trabajo no está completo. Lo completa el ojo creativo de otro que se identifica, que lo descubre; la mirada profunda y afectuosa de otro”.

LN/UTDT conversó con colegas y coleccionistas acerca de la obra de Castagna.

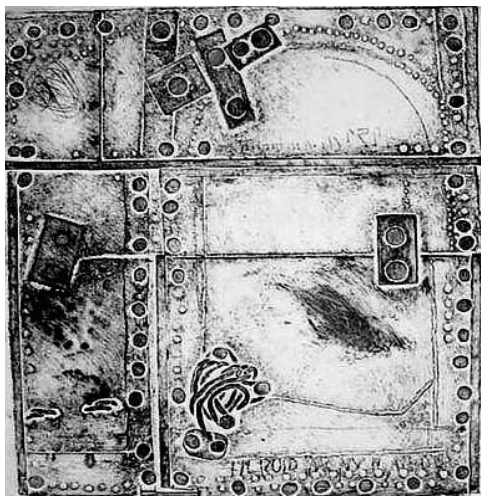
Francisco Travieso, pintor de renombre y amigo de Blas hace más de 20 años, estimó que la obra de Castagna es “anacrónica”; está fuera del tiempo, porque él “siempre se manejó con su ascendencia siciliana y ha encontrado vestigios de cosas sucedidas, en lo que podrían llamarse *desechos*: algo que te trae una memoria o un recuerdo de *altri tempi*”.

Agrega Travieso: “Además es un

tipo muy querido; aun y a pesar de no estar en las inauguraciones por lo mucho que le cuesta salir de su casa. Blas es un hombre libre de cálculo”.

Blas, al parecer de su amigo *invisible*, “tiene suerte de estar en este *altri tempi*, en “*sincronía*” y no haber sido descalificado aun por ello. Todavía tiene apropiada comunicación exterior, aunque muchos amigos reclaman escasa”; valora su localización.

Alejandro Corujeira, un artista plástico que reside en Madrid y que llegó a exponer en el museo Reina Sofía, explicó a LN/UTDT: “Si dividimos a los artistas entre los que miran y los que ven, Blas estaría entre los que ven. Hay artistas que reflexionan su trabajo y exponen su mirada sobre las cosas; y hay otros que actúan entre olvidos, como si las cosas se presentaran por primera vez ante ellos y las pudieran ver”. Y aclaró: “En el caso de Blas es curioso que intente siempre una mirada primera, cuando en realidad, se detiene en cosas u objetos donde cree que existió una vida soplando sobre ellos, una memoria de ellos”.



Karl Ostenrieder, ex gerente general del Deutsche Bank, es un enamorado de la obra de Blas; al punto que en una entrevista concedida al Buenos Aires Herald en donde le preguntaban qué se llevaría a una isla desierta, respondió: “Una obra de Blas Castagna”. Sorprendido porque LN/UTDT le recordó esa respuesta, reafirmó su preferencia y comentó: “En el banco éramos varios los admiradores de Blas; incluso hicimos un catálogo con su obra. Los grabados de Castagna también ilustraban la memoria y balance del Deutsche Bank; también las tarjetas navideñas”.

“Lo considero un gran artista. Tiene un obra notable y estoy convencido de que va a ser uno de los artistas de nuestro tiempo de mayor reconocimiento futuro. Vendría muy bien, mayor difusión”, estimó antes de concluir. “Blas tiene un lugar preferencial en el ingreso de mi hogar; allí lo disfruto”.

Castagna, lección de esperanza.

Teresa de Anchorena, directora de Cooperación Internacional de la Secretaría de Cultura de la Nación calificó a la obra de Castagna como un ejemplo a seguir.

“Un artista que recoge lo despreciado por otros, y consigue ordenar ese caos y formar una obra armónica. Es una persona de la cual los argentinos tenemos mucho que aprender”.

Y cedió su aprecio señalando: “siento el desperdicio y el desaprovechamiento de recursos que hay en la Argentina. Hay mucha gente valiosa que parece no advertir para quién hacer las cosas. Hace falta que contribuyamos a través del arte a ejemplificar cómo sostener su íntima construcción”.



Jorge Saurí, con 53 años de ejerciendo la psiquiatría. Califica a la obra de Castagna como canto a la esperanza. “Blas tiene la capacidad de ver más allá de la materia; de meterse dentro y resonar con ella. Le cambia el sentido a las cosas; admite lo que sucede y descubre que hay un sentido en lo que sucede. Así avanza”. “Al recuperar belleza en aquello que el hombre desechó, y ponerla a la vista de todos, Blas regala ese mensaje de esperanza”, concluye.

En muchos momentos Blas Castagna pareció perder la esperanza. Pero la recuperó al mirar para atrás e imaginar, sentir y valorar, todos los esfuerzos que habían hecho sus ancestros para salir adelante.

A través del homenaje, Castagna realza y reafirma sus voluntades.

“Si quieres que la flecha salga con fuerza hacia adelante, tienes que empujar el codo con mayor fuerza hacia atrás”, aprecia decir.

Recurre al desecho y lo dignifica suscitando a partir de él, y en él, la más honda memoria de olvidos y esfuerzos. En una lata oxidada o en una madera revirada advierte la belleza del tiempo y contratiempo que la fueron curtiendo. Y la hace metáfora de su propio proceso, y el de los suyos.

Trabajo, esperanza, homenaje, resignificación. Conceptos, que así fundidos en afectos, bien podrían ser de utilidad para los argentinos, que vivimos por estos días, tiempos de confusión y decepción.

Maitena de Amorrortu

Índice de monotipos gofrados que ilustran las siguientes páginas:

33 Fanallar

41 Arcos encontrados

43

45 Fanallar (otro)

48 Arcobia de la abuela Juana

50 El Alma, homenaje a Dina

53 La ermita de Amadeo Peck



Editado, impreso y encuadernado en "Al Maitén", siguiendo sus antiguas tradiciones familiares, por Francisco Javier, mi padre, quien también quiso rendir homenaje a William Caxton, padre de esta tipografía y padre de antiguos incunables.

15 de Marzo del año 2002